

Levadura de malícia

A*

Robertson Davies

Levadura de malicia

Traducción de Concha Cardénoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2011

Título original: *Leaven of Malice*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1954 by Clarke, Irwin and Company Limited
Published by arrangement with Irwin Publishing Inc.

© de la traducción, Concha Cardoñoso Sáenz de Miera, 2011
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U., 2011

Ilustración de cubierta: © Fede Yankelevich

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-50-7

Depósito legal: B. 26.622-2011

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Canada Council for the Arts.



Canada Council
for the Arts
Conseil des Arts
du Canada

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.



Libranos, Señor,
de la levadura de malicia
para poder servirte siempre
en esta vida con sinceridad y verdad.

Libro de Oraciones

Uno

El trigésimo primer día del mes de octubre apareció el siguiente anuncio en la sección de «Enlaces» del *Evening Bellman* de Salterton:

El profesor Walter Vambrace y señora se complacen en anunciar el próximo enlace de su hija, la señorita Pearl Veronica, con el señor Solomon Bridgetower, hijo de la señora Bridgetower y del difunto profesor Solomon Bridgetower, vecinos de esta ciudad. La ceremonia se celebrará en la catedral de St. Nicholas, el día 31 de noviembre, a las once de la mañana.

Pocos lectores encontraron en la noticia algo fuera de lo común o dieron importancia a la coincidencia de que el anuncio se hiciera público el mismo día de la festividad de Halloween.

Cuando a la fortuna se le ocurre afligir a un buen hombre y privarlo de la tranquilidad suele elegir, para iniciar su actividad, un día bonito.

El primero de noviembre lo era, hacía una espléndida mañana de otoño cuando Gloster Ridley, director del *Bellman*, cruzaba el parque a pie en dirección a su puesto de trabajo. Las ho-

jas crujían a su paso y le gustaba impulsarlas con la punta de los zapatos. Le daba la sensación de ir pisando copos de cereales y le hizo gracia que se le ocurriera una idea tan poco romántica. Al señor Shillito, su colega, no se le ocurriría ni remotamente pensar una cosa así de las hojas de otoño. Se le ensombreció el rostro al acordarse de lo que había escrito el señor Shillito el día anterior a propósito de Halloween (por cierto, tuvo el capricho de referirse cinco veces a la festividad por el nombre de «Vispera de Todos los Santos» y dos por el de «esta Noche Pagana»); Carcamal Plomo había redactado un artículo de lo más florido y majadero. Sin embargo, Ridley lo olvidó enseguida; no tendría que vérselas con él hasta unas horas más tarde. Entre tanto, el paseo a la oficina era todo suyo, podía entregarse a agradables reflexiones. Había empezado el día con buen pie; Constanza Lectora le había preparado un desayuno estupendo y el repetente Pachito no se había dejado ver, aunque lo oía débilmente en la cocina. Aspiró el aire otoñal, deliciosamente fresco y ahumado. Se le presentaba una jornada prometedora.

Esa misma semana cumpliría cincuenta años. Plena madurez, sin la menor duda, ¡pero se encontraba mucho mejor que en toda su juventud! Desde los diecisiete años hasta hacía relativamente poco, la ansiedad lo había vapuleado a espuela y látigo, y sólo a partir de los cuarenta y pico había empezado a atisbar alguna esperanza de superarla. ¡En cambio hoy...! Le parecía que el soberano de su pecho ocupaba, risueño, su trono. ¿De quién era la frase? De Romeo. ¡Bah! Romeo no tenía ni idea de lo que era la satisfacción serena y controlada de un hombre que bien podía llegar a ser doctor en Derecho Civil antes de los cincuenta y uno.

¡Sería doctor! Naturalmente, no obligaría a nadie a llamarlo por el título, pero ¡lo tendría! Y si alguna vez, cuando le presentasen a un desconocido, lo llamaban «señor», seguro que siempre habría cerca otra persona que, quizá con una agradable carcajada, puntualizase: «Creo que debería usted decir doctor Ridley, ¿no es eso?». No es que concediese a esas distinciones

más importancia de la debida; sabía cómo funcionaban las cosas exactamente. Había hecho mucho por la Universidad de Waverley y tendrían que compensárselo con unos emolumentos elevados o con un doctorado honoris causa. Como todas las universidades canadienses, la de Waverley siempre adolecía de falta de fondos, mientras que las reservas de doctorados eran inagotables. Ni siquiera le regalarían la toga, pues tendría que devolver la excelsa prenda tan pronto como concluyera la ceremonia. Se lo concederían, sin duda, y sabría apreciarlo. Era un símbolo de éxito y seguridad que se convertiría en un arma más con la que mantener a raya a su enemiga de siempre, la ansiedad. Se consideraría recompensado cuando fuera doctor.

Se lo merecía. Hacía dos años, cuando algunas autoridades de la universidad pensaron en ofrecer estudios de Periodismo, fue a él a quien pidieron consejo. Cuando se tomó la decisión de hacer el plan de estudios correspondiente, fue él la única persona ajena al mundo académico que formó parte de la comisión, y supo orientarla con discreción y mano izquierda. Sin dejar traslucir sus emociones, escuchó las opiniones de los profesores sobre la prensa y las de quienes se creían en el deber social de reformarla. Sin burlarse ni ironizar, analizó con ellos las diversas propuestas sobre los conocimientos necesarios para preparar a buenos periodistas. Se pronunció en contra de gastos inútiles y defendió sin desfallecer las inversiones que consideraba necesarias. Poco a poco, los miembros universitarios de la comisión reconocieron que sabía de lo que hablaba. Logró convencerlos de que la duración de los estudios fuese de tres años, en vez de dos. La opinión más influyente en la planificación de la carrera fue la suya, como también lo sería, sin duda, cuando llegase el momento de contratar al profesorado. Los estudios de Periodismo entrarían en el programa de Waverley a partir del otoño y con ello concluiría prácticamente su contribución.

Todavía le quedaba una cosa por hacer, y era agradable: abrir el ciclo de conferencias Wadsworth del año académico. Dichas

conferencias, que eran públicas y se impartían desde hacía veinteaños para formar a los estudiantes en asuntos de interés general, se dedicarían ese año a «La prensa y el pueblo». Hablaría también un ministro y un alto comisario del Reino Unido, un filósofo famoso y un psicólogo casi igual de famoso expondrían también sus respectivos puntos de vista. Pero la primera conferencia la daría él, Gloster Ridley, director del *Evening Bellman* de Salterton, y estaba decidido a que la suya fuese la mejor, puesto que, a fin de cuentas, conocía por experiencia propia lo que era un periódico, al contrario que los otros conferenciantes. Además, según la opinión general, el *Bellman*, bajo su dirección, era un periódico muy bueno.

Sí, creía que tenía una idea acertada de lo que era la prensa, pero no la de tres al cuarto; tampoco la prensa quimérica a la que se habían referido los reformadores de la universidad en las primeras reuniones. Además conocía al pueblo, sí, porque él era pueblo. No había cursado estudios universitarios, y ése era uno de los motivos por los que le hacía tanta ilusión que pudieran llamarlo doctor.

¡Sí, claro que sí! Hablaría de la prensa y el pueblo. Diría que la prensa era del pueblo, de todo el pueblo, tanto si sus gustos y necesidades eran vulgares como si no. La conferencia sería amena, pero daría al público mucha miga que digerir. Empezaría con una cita de Shakespeare, de *Bien está lo que bien acaba*; aunque muchos de los asistentes serían universitarios, la mayoría no habría leído la obra, pero así les recordaría que también se podía ser culto sin haber pasado por las aulas universitarias. Para referirse a un periódico, citaría: «Es como la silla del barbero, que sirve para todos los traseros, para los respingones y para los planos, para los gordos y para cualesquier otros» y, a continuación desarrollaría el tema del contenido: en cualquier edición de un buen diario, cada uno de los lectores debería encontrar no sólo las noticias del día, sino también algo que, en sentido amplio, le interesara personalmente.

Sería una buena conferencia. Seguramente se la publicaría su editor en una hoja volante y le daría amplia distribución entre otros periódicos. Podía insinuarle la idea discretamente, sin ser grosero.

Y dando vueltas en la cabeza a tan agradables pensamientos, llegó al edificio del periódico.

Subió las escaleras hasta su despacho, situado en la segunda planta, un tanto furtivamente, pues no tenía ganas de encontrarse con el señor Shillito y saludarlo. Estaba decidido a no hacer nada que pudiera parecer hipócrita, y el señor Shillito empleaba unas fórmulas de salutación tan corteses y pasadas de moda que muchas veces caía en la tentación de responder con total simpatía, pero luego se avergonzaba. No debía dar carámelos a Plomo con una mano y esconder el puñal en la otra. De todos modos, encontró el camino despejado y entró a hurtadillas en su despacho sin que lo viera nadie, salvo su secretaria, la señorita Green, que entró detrás de él.

—No hay correo personal esta mañana, señor Ridley. Sólo lo habitual. La telefonista dice que recibió usted una llamada poco antes de las nueve de la mañana, pero que no dejaron recado.

Lo habitual estaba pulcramente ordenado encima de su mesa. La señorita Green filtraba las cartas de la mañana con mucho cuidado desde el día, hacía más de tres años, en que su jefe recibió una rata muerta envuelta para regalo, con una tarjeta en la que decía que lo considerase un comentario a la postura del *Bellman* ante un asunto de debate público. Desde entonces, sólo se le había escapado un sobre que contenía papel higiénico usado (una alusión política), pero, por lo demás, ejercía un control eficaz. Había diez cartas al director; las cogió sin curiosidad, armado con un grueso lapicero negro.

Dos eran de «Juego Limpio» e «Indignado» respectivamente; ambos criticaban al Ayuntamiento de Salterton, el primero, por

no rehacer el firme de la calle en la que vivía, y el segundo, por que la municipalidad se proponía pavimentar la calle en la que él poseía una propiedad y, de paso, aumentar la contribución. Ambos firmantes habían optado por el anonimato y habían añadido sendas notas personales solicitando que se omitiera su verdadero nombre, pues tenían posibles represalias indeterminadas. En la carta de «Juego Limpio», Ridley borró varias frases y cambió la palabra «deshonesto» por «mal aconsejado». La de «Indignado» le llevó más tiempo, pues el autor no había utilizado verbos suficientes para dar a entender lo que quería y, por lo visto, había colocado los signos de puntuación después de escribirla siguiendo un criterio propio, generoso, pero desacertado.

La tercera carta estaba tan mal escrita que apenas pudo leerla, a pesar de lo acostumbrado que estaba a letras de todas clases, aunque parecía ser de un ciudadano agraviado que se quejaba porque un vecino tiraba basura deliberadamente a su patio trasero. Describía otras cuantas iniquidades del vecino, pero Ridley separó la carta para la señorita Green; ella se la devolvería con la disculpa de costumbre: que no podían publicar escritos difamatorios.

Las tres siguientes eran legibles, gramaticalmente correctas y sensatas, y hablaban de unos planes para construir una ronda para el tráfico en una de las encrucijadas principales de la ciudad. Rápidamente les puso título y las separó para el impresor.

La séptima exhortaba a evitar, aunque fuera por la fuerza, que un entrenador de hockey que había preparado a unos niños el invierno anterior continuara con ellos la siguiente temporada. Al parecer, era un monstruo y un hereje cuya pernicioso influencia podía destruir las tácticas del hockey y acarrear el fin de ese deporte en Canadá. La firmaba el remitente con nombre completo y domicilio particular, pero eso no engañó al director. Consultó la *Guía de la Ciudad* y descubrió que, tal como sospechaba, ni existía el número 183 de la calle Maple ni persona alguna con el nombre de Arthur C. Brown. La hipocresía de la huma-

nidad le arrancó un suspiro y tiró la carta a la papelera. De todos modos, le compensó un poco comprobar que su intuición para detectar firmas falsas funcionaba tan bien como siempre.

La octava era de un granjero que acusaba al jurado de la Feria de Salterton de gran injusticia y cierta falta de honradez en la concesión de los premios de la subcategoría Gallinas Jóvenes, de la categoría Aves de Corral, del concurso de ganado de la feria de otoño. Decía que comprendía que la feria se había celebrado hacía siete semanas, pero que le había llevado tiempo ponerse «a escribir la presente». Fue directa a la papelera.

La novena carta contenía una sorpresa y un fastidio para Ridley. Decía:

Señor:

Mi más sincera enhorabuena por el artículo titulado «Qué se hizo del mondadiantes», publicado en el número del 28/X. Son esos deliciosos caprichos los que elevan el tono del *Bellman* por encima de cualquier otro periódico de los que están a mi alcance y lo dota de una gracia literaria tanto más meritoria por cuanto vivimos en un mundo que va relegando el estilo al pasado. Guardo esta joyita junto a otras muchas en mi álbum de recortes. ¡Afortunada la ciudad que puede presumir de un *Bellman*! ¡Afortunado el *Bellman* que puede presumir de un colaborador capaz de escribir tan memorable «Mondadiantes»!

Suyo afmo.

ELDON BUMFORD

No podía ser otro; el anciano Bumford, a sus ochenta y cuatro años, representaba la excepción de la tendencia general de los viejos a despotricar de todo y se dedicaba a alabar prácticamente todas las cosas en voz alta y clara. No había motivos para no publicarla. Con toda seguridad, si no aparecía al cabo

de un día o dos, el viejo Bumford cogería el teléfono, o, peor aún, se presentaría en su despacho a preguntar por qué. De todos modos, no podía publicarla, desde luego. La dejó a un lado, tomaría una decisión después.

Conocía bien la letra y la tinta verde del décimo sobre. Cada dos semanas llegaba a su mesa una carta con esa misma letra y esa misma tinta, y siempre con idéntico mensaje: el mundo había olvidado a Dios. Una vez era porque se permitía a los niños leer libros de historietas; otras, el mal era la bebida, a la que siempre llamaba brebaje alcohólico; otras, lo que más afligía a la autora era el descenso de asistentes a la iglesia; en invierno se quejaba de la iniquidad de los trenes de esquiadores, que viajaban en horario de oficios eclesiásticos y se llevaban a los jóvenes lejos del tañer de las campanas; en verano, lo que consumía a la sociedad era la desvergüenza de los trajes de baño de dos piezas y los pantalones cortos, con los que las muchachas enseñaban las piernas. La escritora podía defender sus argumentos con abundantes citas de las Sagradas Escrituras, y así lo hacía; de vez en cuando relacionaba una barbaridad de los tiempos modernos con un monstruo de la Biblia. En su última carta insistía a aconsejar al primer ministro que declarase el 11 de noviembre Día Nacional de la Oración, para que así pudiera Canadá, mediante un acto general de contrición, limpiarse de todos sus pecados y tal vez alcanzar el perdón al final de la jornada. En el sobre ponía: «Urgente: Imprimase Inmediatamente». La dejó a un lado con hastío. Tal vez fuera la voz del pueblo, y ningún director debe olvidar jamás que la voz del pueblo es la voz de Dios. Pensó que era una lástima que la voz de Dios necesitase tanta revisión antes de ser publicada.

El resto del correo de la mañana no le dio ningún trabajo. Ojeó los sobres rápidamente: propaganda, alguna escrita por expertos, la mayoría por aficionados, de unas doce agencias mantenidas por otros tantos gobiernos extranjeros. Invitaban a *Bellman* a comprometerse con dos causas opuestas de la India;

le ofrecían una denuncia clamorosa de la división de Irlanda; lo instaban a celebrar el 250 aniversario de un poeta francés de quien Ridley no había oído hablar; le recordaban siete pintorescos festejos que tendrían lugar en Gran Bretaña en el mes de noviembre.

Había asimismo cuatro largas declaraciones fotocopiadas, remitidas por otras tantas organizaciones sindicales, en las que se exigía al gobierno la inmediata reparación de unos agravios de complejidad extrema; un folleto de una sociedad que quería reformatar el calendario y, para llevarlo a cabo, contaba con la aprobación de Ecuador, Liberia, Islandia y el gobierno letón en el exilio, además de un montón de material de la ONU y cinco comunicados de diferente extensión de unas sociedades religiosas y filantrópicas. Había una cosa con la palabra «Newsflash» impresa en rojo, que anunciaba una nueva marca de aceite sin querer parecer propaganda. Un libro blanco, con una tarjeta de visita de un ministro, presentaba una gran cantidad de valiosas estadísticas de hacía dieciocho meses. En cuatro paquetes se ofrecían al *Bellman* nuevas historietas cómicas de comicidad inigualable: las leyó con inmutable seriedad.

Lo tiró todo a la papelera, la cual quedó prácticamente llena hasta el borde.

Fuera, a la puerta del despacho, se oía un barullo de voces. Una dijo: «¡Ah, señorita Green, tan encantadora como siempre, ya veo! Supongo que el jefe no está atendiendo ninguna visita, ¿verdad?», y de pronto se abrió la puerta y apareció Swithin Shillito.

El señor Shillito tenía setenta y ocho años y a menudo ponía a la gente en la tesitura de tener que decir que no los aparentaba, ni mucho menos. Tenía el pelo canoso, peinado con raya al medio, con una gruesa onda de cabello echada hacia atrás a cada lado, y un enorme bigote blanco en forma de cuernos de carnero. Unos bigotes menores, pero igual de blancos, gruesos y

largos, le hacían las veces de cejas. Tenía la cabeza tan grande y atractiva que parecía añadida al cuerpo, menudo y delgado, por un cuello alto y duro y una corbata primorosamente anudada, sujeta con una pepita de oro a modo de alfiler. Le cruzaba el chaleco una leontina de eslabones muy grandes, uno de ellos adornado con un diente de alce engastado en oro. Otros complementos interesantes de su atavío eran unas lustrósimas botas altas, un guardapolvos de alpaca y unos manguitos de mimbre hasta los codos. Llevaba unos quevedos sujetos con una cintita prendida al chaleco, listos para subírselos a la larga nariz siempre que la ocasión lo requiriese. Traía unos papeles en la mano.

—Nada fuera de lo normal esta mañana, jefe —dijo, avanzando garbosamente—. Se me ha ocurrido hacer los deberes temprano. Nada importante, sólo una o dos cosillas que pueden resultar entretenedas o llenar algún hueco suelto. Quería tener el día libre para dedicarme a escarbar. Siempre se lo digo a los jóvenes de la sala de redacción: «Escarbad, escarbad, es el secreto de nuestro oficio. A mis setenta y ocho años sigo escarbando». Algunos no me creen. El editorial lo hará usted, supongo, ¿no?

—Sí, señor Shillito —dijo Ridley—, quiero escribir sobre dos o tres asuntos.

—Yo incluso juraría que en estos momentos ya lo tiene todo escrito mentalmente —dijo el señor Shillito, meneando la cabeza con entusiasmo en señal de admiración—. ¡Hay que planificar, sí señor! Es la única forma de hacer algo en un periódico. Sin embargo, no se lo creen, los jóvenes no se lo creen, pero es la pura verdad.

—He leído un par de informes sobre el proyecto del canal de San Lorenzo que me han inspirado.

—¡Ah, eso es! Leer sin parar, escarbar sin parar, planificar sin parar. Eso es lo que lleva a un periodista a la cima. Pero los jóvenes no hacen caso. Las malas hierbas caerán solas con el tiem-

po. Los que lean, escarben y planifiquen crecerán hasta la cima, y los demás... bueno, no hace falta decirlo. ¿Quiere echar un vistazo a estas cosas? Yo espero.

«¡Y qué más!», pensó Ridley. Al señor Shillito le encantaba ver a la gente leyendo algo suyo y, entre tanto, sonreía, soltaba gruñidos elogiosos, asentía y emitía continuamente señales de satisfacción y admiración, hasta que todos, menos los más fuertes, se veían obligados, por algo semejante a una presión espiritual, a seguirle la corriente. En ese sentido, Carcamal Plomo intimidaba tanto como un matón; tenía su trabajo y a sí mismo en tan alta estima que discrepar de sus opiniones era prácticamente una descortesía.

—En estos momentos estoy muy ocupado —dijo Ridley—. Lo leeré más tarde.

—¡Ah, sé perfectamente lo mucho que tiene que hacer! —dijo el señor Shillito—. Seguramente nadie sabe mejor que yo la presión que conlleva su trabajo, pero, si le parece, me paso otra vez por aquí a media mañana, cuando haya tenido usted tiempo de leer lo que he escrito. Me he dado cuenta de que hay algunos artículos míos que todavía no han salido en prensa, aunque hace quince días o más que se los entregué a usted en mano. Bueno, jefe, ya me conoce. Soy el más veterano de la plantilla, puede que incluso sea el periodista en activo más veterano del país. Si ve algún fallo o señales de cansancio en mi trabajo, no tiene más que decirlo. Sé que no soy inmortal. Un día u otro se me parará el reloj, aunque reconozco que me encuentro en plena forma, de momento. Pero, dígame sinceramente: ¿me estoy haciendo viejo para esto?

«¡Ay, Dios! —pensó Ridley—. ¡Me toma la delantera! ¡Me obliga a decirlo de la forma más baja y ruin! Me adjudica el papel de jefe despiadado que echa a la calle al empleado fiel porque es viejo. ¡Qué hábil! Tengo que hacerme con las riendas de esta conversación, de lo contrario, estoy perdido.»

—No piense usted esas cosas, señor Shillito —dijo—. Tengo la impresión de que su trabajo está a la altura de siempre. Sin em-

bargo, ni el editor ni yo deseamos escatimarle la tranquilidad que se ha ganado con su veteranía y dentro de unos días hablaré con usted del futuro. Entre tanto, debo atender unos asuntos muy urgentes, conque, si me disculpa...

—¡Claro, claro! —dijo el señor Shillito, en un tono que insinuaba movimiento, aunque se quedó firmemente sentado en la silla—. Pero comprendame. No quiero ponerme sentimental. Bien sabe usted lo mucho que me repugnan las manifestaciones de sentimentalismo. Soy inglés, un inglés de la vieja escuela, creo que debería decir a estas alturas, y como tal acataré lo que sea necesario antes de demostrar mis sentimientos. Pero, ya sabe, jefe: el oficio periodístico lo es todo para mí. No quiero verlo desde la barrera cuando no pueda seguir practicándolo. Mi mayor deseo es morir al pie del cañón. No soy un hombre religioso, en el sentido convencional de la palabra; mi credo, si así lo podemos llamar, ha sido la honradez, sencillamente. Sin embargo, he rogado muchísimas veces a cuantos dioses puedan existir que me permitan morir al pie del cañón, que la vieja espada caiga de agotamiento, ¡pero que no se oxide!

El señor Shillito formuló el ruego con una voz que debió de llegar a la sala de redacción, a pesar de que la rotativa ya había iniciado el turno de mañana, y Ridley sudaba de agobio. La situación empeoraba por momentos. Para su inmenso alivio, entró la señorita Green.

—Tiene una conferencia importante por teléfono, señor Ridley, si puede atenderla —dijo.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Me disculpa, señor Shillito? Es confidencial.

Pronunció las últimas palabras entre dientes, como si se tratase de asuntos del más alto nivel gubernamental. El amante del oficio periodístico levantó sus grandes cejas con complicidad y sacudió de puntillas del despacho.

—¿De qué se trata, señorita Green? —preguntó Ridley enjugándose la calva frente.

—Me lo he inventado, señor Ridley —dijo ella—, porque me ha parecido que le gustaría cambiar un poco de ambiente; de todos modos, ha tenido una llamada hace unos minutos. El profesor Vambrace quiere verlo a las once.

—¿Para qué?

—No ha querido decírmelo y además ha sido muy brusco. Ha dicho que era la segunda vez que llamaba.

—¡Es que el profesor Vambrace siempre es brusco! —dijo Ridley—. Gracias, señorita Green. Durante unos cuantos días estaré siempre muy ocupado para el señor Shillito.

La señorita Green se limitó a asentir; era tan buena secretaria que no hacía falta añadir nada más: el sencillo gesto corroboraba que las grandes dotes del señor Shillito para colarse fracasarían con ella a partir de ese instante.

Con un suspiro, Ridley emprendió la siguiente tarea, que consistía en una reflexión sobre los artículos editoriales de treinta y ocho contemporáneos del *Bellman*, convenientemente recortados y dispuestos al alcance de la mano. Le habría gustado disponer de diez minutos para pensar un poco en el inconveniente que presentaba el señor Swithin Shillito, pero no podía permitírselo. Las personas que piensan que las oficinas de un diario funcionan como en las películas se imaginan que la vida de un periodista está llena de acontecimientos emocionantes e imprevisibles; Ridley tenía intención de explicar en la conferencia Wadsworth que, en realidad, el trabajo periodístico se basaba en una rutina estricta; aunque los cielos se desplomasen y las llamas arrasaran la tierra, la prensa no podía retrasarse; para que el público lector disfrutase del exceso desenfrenado de noticias del mundo, el periodista debía ajustar ese exceso a las exigencias de la rutina mecánica de una plantilla de empleados fijos. Antes de la una, tenía que leer todo lo que había encima de la mesa, hablar con el jefe de redacción, esbozar y escribir al menos un artículo

de fondo y recibir a las visitas que lograsen pasar la barrera de la señorita Green. No podía perder diez minutos en pensar en el señor Shillito. Debía leer sin parar, escarbar sin parar y planificar sin parar, como recomendaba Plomo.

En el tablero extensible de la derecha de la mesa estaba la máquina de escribir; puso una hoja en el carro y escribió un titular: *Apuntes y comentarios*. El periódico tenía desde siempre la costumbre de terminar los editoriales y artículos de fondo con unos párrafos de observaciones breves, sucintas y, si era posible, divertidas, y casi siempre las escribía Ridley. No es que se creyera un genio, pero alguien tenía que hacerlo y prefería sus dotes a las del señor Shillito; a Plomo le gustaban los retruécanos y lo que él llamaba los *aperçus* ingeniosos. Cogió la primera página editorial y la leyó rápidamente: el artículo principal, que se quejaba de lo altos que estaban los impuestos, y dos secundarios, uno que atacaba tajantemente a una república sudamericana por una perversidad relacionada con el café y otro que explicaba que la causa más importante de los accidentes de tráfico no era el alcohol ni el fallo mecánico del vehículo, sino los más elementales malos modales de los conductores. No encontró ningún párrafo plagiable ni inspirador; sólo había un chiste. Decía:

ERA COMO ÉL

Botones: Un caballero desea verlo, señor.

Jefe: No tengo tiempo que perder. ¿El caballero parece importante?

Botones: Pues... no mucho, señor. Más o menos, como usted.

Ridley suspiró y tiró la página a la papelera. En la siguiente tampoco encontró nada útil. En la cuarta había una nota que parecía prometer. Decía:

Según un doctor en medicina estadounidense, los pelos de la oreja contribuyen a oír mejor. Barberos: ¡ojito con las tijeras!

Seguro que de ahí podía salir un *aperçu* ingenioso. Se quedó pensando un momento y luego escribió:

Un médico de Montreal afirma que los pelos de la oreja mejoran la capacidad de audición. Así, pues, a partir de ahora tendremos que elegir entre cortarnoslos o quedarnos cortos.

Una vez que lo hubo escrito lo miró con tristeza, cambió «afirma» por «dice» y cogió la hoja siguiente. Era de un periódico de las Grandes Llanuras, en cuya opinión la principal causa de los accidentes de tráfico era el fallo de los frenos. No valía la pena robarle nada, pero en una esquina encontró lo siguiente:

UNO DE JEFES

Jefe: ¿Dices que ha llegado un señor que quiere verme? ¿Tiene pinta de caballero?

Botones: No exactamente, señor. ¡Es sólo un hombre como usted!

No encontró inspiración en los tres periódicos siguientes, pero entre las «Notas» del cuarto halló lo siguiente:

Un comerciante de la localidad todavía no se ha recuperado de la impresión que sufrió cuando su secretaria le describió a una persona que preguntaba por él: «No es nadie importante —le dijo ella—, es sólo una persona como usted».

Ridley siguió leyendo. En la hoja siguiente encontró una severa admonición que advertía al gobierno que el alza constante de los impuestos podía acarrearle una venganza terrible en las si-

guientes elecciones, y otro artículo menor que decía que la tendencia a la delincuencia entre los niños de hoy descendería si los menores leyese menos historietas de criminales y admirasen a algún héroe famoso del pasado, por ejemplo, a Robin Hood. En el periódico había también un artículo de fondo que hablaba de algunas opiniones defendidas por el *Bellman* unos días antes sobre la reforma de las cárceles. Daba a entender que el director del *Bellman* adolecía de cierta falta de comprensión y bondad. Ridley anotó que debía escribir una respuesta destacando que Robin Hood era un delincuente y que practicaba el comunismo, y que sólo a un majadero se le ocurriría ponérselo a los niños de modelo.

Y así fue revisando todo el montón de opiniones contemporáneas. Se detuvo a leer lo que decía un articulista especializado en medicina a propósito de los cálculos biliares. Al parecer, podían pasar muchos años «en estado latente» sin provocar más molestias que una esporádica sensación de malestar. Ridley se preguntó si tendría él cálculos biliares en estado latente; la verdad era que a veces notaba un malestar, aunque no era nada, en comparación con lo que había pasado unos años antes. Ocupar la poltrona de director e incluso leer el mismo chiste en todas partes e inventar *aperçus* ingeniosos era una buena vida, mejor, sin duda, que la época de reportero o la siguiente, la de redactor. Siguió leyendo, zambulléndose en las profundidades de la opinión editorial canadiense: la maldad del gobierno, la de la nación, que gasataba mucho más en licores que en obras de caridad; la de los Estados Unidos, que no reconocían debidamente la grandeza de Canadá, la de Gran Bretaña, que no invertía dinero suficiente en Canadá. Leía los repetitivos artículos por encima, sin emoción, pensando solamente en que los periódicos, igual que las iglesias, estarían perdidos si no existiera la maldad en el mundo. Tanto es así que parecía que bastantes directores se las daban principalmente de predicadores y clamaban por el arrepentimiento de los múltiples pecados de este mundo descreído. Otros,

en cambio, parecían considerarse campesinos sencillos y astutos como los de antes; escribían con nostalgia sobre los idílicos tiempos pasados, cuando todo el mundo vivía tan cerca del campo que siempre se llevaba un poco de estiércol en las botas; por lo visto, opinaban que los campesinos, como clase social, eran más honrados que los habitantes de las ciudades y menos dados a vicios vulgares. Ridley, que de pequeño había vivido varios años en una comunidad rural, no había podido dilucidar en qué se sustentaba esa opinión. Y otros, que no se disfrazaban de predicadores ni de campesinos, se revestían con togas de papel de periódico y semejaban reencarnaciones modernas de Catón, dispuestas a derramar hasta la última gota de tinta en defensa de la virtud que consideraban propiedad exclusiva del partido que no estuviera en el poder; éstos también criticaban con vehemencia a las nuevas generaciones y las metían a todas en el mismo saco con la etiqueta de «adolescentes». El director tenía que ser un grifo de opinión. El fiel decano de la prensa debía abrir el chorro de los comentarios sin ser tan provocativo como para quedarse sin suscriptores ni tan necio como para ganarse el desprecio absoluto. El director no debía insultar a la inteligencia de sus mejores lectores, pero tampoco debía dejar de decir algo aceptable a quienes sólo leían los chistes y el horóscopo diario. Sí, la silla de barbero, que sirve para todos los traseros.

Mientras reflexionaba, dibujó bigote y gafas a cuatro políticos que aparecían en el recorte que tenía a mano. A un hombre calvo le puso una peluca de tirabuzones. Con dos puntos bien trazados a lapicero dejó bizca a una chica de pechos inmensos; al pie de la foto decía: «Por su destacado físico, un jurado de destacados artistas ha proclamado Miss Camiseta del mes a la encantadora Dinah Ball». Si cada mes tenía su Miss Camiseta, ¿por qué no instituir el Día de las Ubres, para honrar debidamente a todos los mamíferos? ¿Podría sacar de ahí un *aperçu* ingenioso? Seguramente no sería apto para un periódico que leía toda la familia.

Pero estaba perdiendo el tiempo. Tenía que trabajar. El director de un periódico vespertino no puede permitirse pensar en las musarañas hasta después de la tres. Hizo pedazos las fotografías pintarrajeadas para que no las encontrase la señorita Green y reanudó la tarea.

Veinte minutos después había terminado de mirar por encima el correo de opinión de sus treinta y ocho contemporáneos y había escrito cuatro párrafos más de *Apuntes y comentarios*. Sabía que se podía comprar esa clase de material en agencias, pero prefería escribirlo personalmente; era un ejercicio que no carecía de encanto. A falta de algo sustancioso, siempre se podía escribir algo sobre prácticamente cualquier cosa, o sacárselo de la manga. Por ejemplo, el asombroso éxito que había tenido el pasado mes de junio: había un mosquito en el despacho que no paraba de molestar y, cuando se lo dijo a la señorita Green, ella pidió prestado al bedel un atomizador lleno de una sustancia en spray, buscó al monstruo y acabó con él. «Ahora hay sprays para toda clase de mosquitos, señor Ridley», dijo ella. «Menos para el mosquito muerta, señorita Green», replicó él, pensando en el señor Shillito. Y ahí tenía el apunte, recién salido del horno. Inmediatamente escribió:

Un científico eminente afirma que ahora hay sprays para todos los mosquitos, menos para el mosquito muerta, naturalmente.

Para convertir en un juego de palabras cualquier disparate espontáneo siempre había que atribuírselo a un científico eminente, a un médico famoso o a un comentarista político; era una forma de dar elegancia y verosimilitud al *aperçu* ingenioso. Dieciocho periódicos copiaron su joyita, pensada y escrita tan rápidamente, atribuyéndosela justamente al *Bellman*; otros cuantos se la robaron y, al cabo de un mes, apareció en la revista del *New York Times*, atribuida al difunto Will Rogers.

Ahora tocaba ponerse a redactar el artículo principal del día, su editorial sobre el canal de San Lorenzo. Era un momento tenso, porque aborrecía escribir los primeros párrafos de cualquier escrito. Como había dicho Plomo, ya lo tenía escrito mentalmente, pero lo que se escribe mentalmente siempre es mucho más contundente y se expresa con más firmeza que lo que aparece después en el papel. Echó de menos una distracción, algo que le hiciese retrasar el comienzo unos minutos más. Su deseo se cumplió; entró la señorita Green con tres libros.

—¿Pongo estos libros con los pendientes de reseña, señor Ridley?

—No, vamos a echarles un vistazo, señorita Green.

Reseñar libros siempre le proporcionaba un momento de emoción. Cabía la posibilidad, remota, pero siempre posible, de encontrar entre ellos algo que le apeteciese leer. Sin embargo, esta vez no fue así. El primero contenía unas piadosas reflexiones de un famoso teólogo canadiense: perfecto... para Shillito. El segundo era un delgado libro de versos de una poetisa canadiense. ¿Por qué siempre se decía que esos libros eran «delgados», se preguntó, y no «escuálidos», que se acercaría mucho más a la verdad? Que se encargase la señorita Green de sacar brillo a la poetisa. El siguiente... ¡Ah, sí! Uno seleccionado por un club estadounidense del libro, un ejemplar algo más voluminoso y pesado que un ladrillo, con una sobrecubierta sorprendente, impresa en un papel tan acharolado que resultaba un poco pegajoso al tacto. Se titulaba *Plonk* y en la solapa interior de la cubierta decía: «Pone al desnudo el alma de un hombre y la de una mujer que están atrapados en el torbellino de la vida metropolitana moderna. Rusty Maloney logra abrirse camino desde el barrio irlandés de Boston hasta un importante puesto de ejecutivo de publicidad, para terminar cayendo en el hechizo de la bella y seductora Siva McNulty, que es adicta al *plonk*, la traidora mezcladora de cerveza negra, brandy y cápsulas machacadas de adormidera, que tranquiliza los nervios más alterados y las pasiones

más descarnadas. Esta odisea espiritual de proporciones ambiciosas recuerda a...». Sería inútil pasárselo a Shillito. La mujer que siempre se encargaba de las reseñas de novelas que recorran daban a algo estaba de parto en el hospital y Ridley no quería que Plomo escribiera medio palmo de reseña descaradamente moralizante. Entonces, ¿quién? ¡Ah, sí! ¡Rumball!

Llamó al timbre y pidió a la señorita Green que localizase al señor Rumball y se lo mandase al despacho. Entre tanto, apostó consigo mismo a que la primera escena de sexo de *Plonk* estaba entre las páginas quince y treinta.

Henry Rumball era un joven alto y desaliñado de la sección de reporteros; entre sus deberes diarios se encontraba el de hacer una ronda de visitas a los muelles, la universidad y las funerarias. Se presentó en el despacho del director sin decir una palabra.

—He pensado que le gustaría hacer la reseña de *Plonk* —dijo Ridley—. Sé que le interesa la novela moderna. Tengo entendido que ésta es bastante curiosa, un tanto cruda. Diga lo que le parezca, pero no me asuste a las ancianitas.

—Gracias, señor Ridley. ¡Caramba, *Plonk*! —dijo Rumball, y cogió el libro como si lo acariciase.

—¿Lo conoce?

—He leído las reseñas estadounidenses. Dicen que lleva la novela a unas alturas jamás alcanzadas. El crítico de *Saturday Review* decía que, cuando la terminó, tenía exactamente la misma sensación que si hubiera estado tomando *plonk* toda la noche. Es tangible, como si dijéramos.

—Bien, pues dígalo en su reseña. «Tangible» es una palabra útil que puede hacer citable cualquier frase.

Rumball titubeó un poco, respiró hondo y dijo:

—No sé si debo hacerlo, en realidad.

—¿Por qué? Creía que le gustaban estas cosas.

—Sí, señor Ridley, pero es que quiero mantener la cabeza despejada, comprenda. Quiero evitar influencias externas para que no se me contamine el río, no sé si me entiende.

—No tengo la menor idea de a qué se refiere. ¿De qué río está hablando?

—El río de la inspiración, para *La pradera*, mi libro, ya sabe. —¿Está escribiendo un libro?

—Sí, ¿no se acuerda? Se lo conté hace casi un año.

—No recuerdo nada. ¿Cuándo me lo contó?

—Pues, vine a pedirle un aumento de sueldo...

—¡Ah, sí! De eso sí me acuerdo. Le dije que hablase con el señor Weir. Nunca me entrometo en los asuntos de sus subordinados.

—Sí, bueno, pues fue entonces cuando le conté que estaba escribiendo una novela. He empezado a trabajar en el primer borrador y no quiero leer nada, para que no me influya. Es el mayor peligro, claro, las influencias. Hay que ser uno mismo por encima de todo.

—¡Ajá! Bien, si no quiere *Plonk*, se lo daré a otro. Haga el favor de decir al señor Weir que venga a verme cuando tenga un momento.

—¿Puedo hablar un minuto con usted de la novela? Le agradecería un poco de orientación, señor Ridley.

—Estoy muy ocupado ahora.

Pero Rumball, perdida la timidez, se sentó. Le brillaban los ojos.

—Va a ser una obra grande, lo sé. No es presunción, es que lo noto, como si el libro fuera de otra persona. Es una cosa que nunca se ha intentado en Canadá, sobre el Oeste...

—Me acuerdo de unas cuantas novelas del Oeste.

—Sí, pero son todas de la conquista de las praderas. En mi caso, es exactamente lo contrario: es la pradera la que conquista al hombre, ¿lo ve? Es una gran idea. Un panorama inmenso. Espero poder con ello. ¿Se acuerda de una película que se titulaba *El arado que venció a la pradera*? Pues mi libro se titula *La pradera que venció al arado*. Empiezo con una descripción tremenda de la pradera: inmensa, primitiva, imponente, adormecida;

calculo al menos unas cinco mil palabras para el comienzo. Después llega el hombre, pero no el piel roja, porque él entiende la pradera, le canta suavemente. No, se trata del hombre blanco, que no la entiende, le abre las entrañas con la hoja, la viola. «Cálmate», dice el piel roja. «¡Muérete!», dice el hombre blanco. ¿Lo ve? ¡Ahí está el conflicto! Aunque el verdadero conflicto es entre el hombre blanco y la pradera. La lucha se desarrolla a lo largo de tres generaciones y, al final, la pradera vence al hombre blanco. Sencillamente, lo expulsa.

—Muy interesante —dijo Ridley al tiempo que recogía unos papeles de la mesa—. Tenemos que hablar más de su libro en algún momento. Tal vez cuando lo termine.

—¡Ah! Podría tardar otros cinco años —dijo Rumball—. Estoy completamente volcado en el libro, completamente.

—No en detrimento de su trabajo diario, espero.

—Eso lo hago casi mecánicamente, señor Ridley, pero en mi fuero interno, mi creatividad es para la novela todo el tiempo.

—¡Ajá! Diga al señor Weir que quiero verlo, por favor.

—Claro, señor; una sola cosa sobre la que agradecería su consejo. Los nombres, ¡son tan importantes en los libros! Verá, la fuerza de la pradera es tan grande en mi libro, que simplemente la llamo la Pradera, pero los personajes que luchan contra ella son dos familias, una inglesa, del norte, y había pensado llamarlos los Chimneyhole, aunque ellos lo pronuncian Chumnel. La otra es escandinava y había pensado en llamarlos los Ruokatavarauppa. Me preocupa que las vocales de esos apellidos no se diferencien lo suficiente. Porque, verá, quiero que todo sea muy poético, pero si las principales palabras de la novela no son acertadas, puede que todo se hunda como en un cenagal, ¿comprende?

—Necesito que el señor Weir venga inmediatamente —dijo Ridley con voz fuerte y autoritaria.

—Ahora mismo se lo digo —afirmó Rumball dirigiéndose a la puerta—, pero si se le ocurriese un nombre que tuviera el mis-

mo ritmo que Ruokatavarauppa, pero con las vocales un poquito más cerradas, le agradecería mucho que me lo dijera. Va a ser una gran saga y quisiera que se leyera en voz alta con la mayor frecuencia posible, por eso son tan importantísimos los nombres.

Muy a su pesar, salió del despacho; poco después apareció Edward Weir, el jefe de redacción, y ocupó el asiento del que tan difícil había sido despegar a Rumball.

—¿Algo fuera de lo normal anoche? —preguntó Ridley.

—Lo típico de Halloween, menos una anécdota que no hemos podido verificar sobre un incidente en la catedral. El deán no quiere decir nada, pero tampoco negó que hubiera sucedido algo. Un poco después de medianoche, cuando Archie volvía a casa, se encontró con la señorita Pottinger, que volvía de la puerta oeste de la catedral. Le preguntó si pasaba algo y ella dijo: «Yo no pienso decir una palabra», y cruzó la calle rápidamente. Archie se fijó en que la anciana iba en zapatillas y sin medias, y claro, ¿qué hacía ella en la catedral, sin medias, a las doce de la noche de Halloween?

—A su edad, no ponerse las medias puede indicar una gran perturbación mental, pero nada que nos interese, en realidad. ¿Intentó Archie entrar en la catedral?

—Sí, pero la puerta estaba cerrada. Vio luz por el ojo de la cerradura, pero no oyó nada.

—Lo más seguro es que no pasara nada.

—No sé. Esta mañana, cuando llamé a Knapp, estubo muy escueto, y cuando le pregunté si era cierto que anoche habían intentado robar en la catedral, me preguntó que quién me había dicho eso y luego quiso convencerme de que su pregunta no significaba nada.

—¿Por qué no tanteas al organista? El tipo ese, ya sabes... ¿cómo se llama?... ¡Cobbler! Siempre habla por los codos.

—Lo he llamado y me dijo que no podía cantar. Es un borrico, ya sabes.

—Es mejor que sigamos intentándolo. Dime, ¿vale algo nuevo empleado Rumball?

—Bastante, aunque era mejor al principio, cuando llegó. Ahora se distrae a menudo. A lo mejor se ha enamorado.

—Puede que el señor Shillito quiera echarle uno de sus sermones sobre las virtudes del escarbar aplicadas al oficio periodístico.

—Dios nos libre. ¿Piensas hacer algo respecto a él?

—Avanzo lo más rápido posible. Es muy difícil. No tienes razón, Ned. ¿Qué tal te sentaría a ti que te echaran del trabajo a los setenta y ocho años?

—Nada me gustaría tanto, si me dieran una pensión vitalicia, hubiera terminado de pagar mi casa, tuviera una bonita renta propia y unos buenos ahorros, como seguramente tendrá nuestro querido Shillito.

—¿Tanto tiene?

—Lo sabes mejor que yo, pero es que le gusta rondar por los despachos haciendo perder el tiempo a todo el mundo.

—Dice que lo único que pide a los dioses es morir al pie del cañón. Aunque no sea lo que se dice un gran creyente, ésa es su plegaria.

—¡Qué impostor! Esta mañana, en cuanto se enteró de lo de la catedral, fue disparado a mi despacho y me dijo: «Ned, muchacho, haz caso a este viejo reportero y deja correr ese asunto; no he faltado a mis deberes para con la Iglesia en toda mi vida y haré lo que sea preciso por protegerla del menor soplo de difamación». Por supuesto, intenté sonsacarle lo que pudiera saber, pero no dijo ni pío. Oye, Gloster, ¿por qué no lo despides? ¡Es un pelmazo!

—Lo heredé, incluso fue director unos meses, antes de que me nombraran a mí. No quiero que nadie diga que lo he tratado mal.

—Allá tú, pero es un fastidio mayúsculo. Siempre está en la sala de redacción distrayendo a alguien. Los chicos están de él

hasta las narices, ya ni siquiera lo tratan con educación, pero él no se da por aludido.

—No tardaré en hacer algo, pero quiero hacerlo bien. Lo mejor sería liberarlo a lo grande. Había pensado en un discurso inspirado que surtiera efecto, pero déjame madurar la idea unos días más. ¿Alguna otra cosa que destacar?

No había nada más en las noticias del día que al jefe de redacción le pareciese digno de comunicar al señor Ridley y volvió a su despacho dejando al director una vez más ante la tarea de escribir el artículo principal. Para retrasar un poco más el temido momento, cogió las páginas a las que el señor Shillito había llamado «los deberes» y leyó la primera.

UN UTENSILIO EN EXTINCIÓN

El bastón desaparece de nuestras calles... mas, no; también de los paragueros de nuestros vestíbulos; es una verdad que ni el más osado puede contradecir. Mientras que, hace un tiempo:

Sir Plume, ufano con su ambarina caja de rapé
y su selecto bastón de caña,

se enorgullecía de poseer diez bastones diferentes, uno para cada ocasión —de gala, para ir a la iglesia, para pasear por la ciudad o para salir a estirar las piernas al campo—, nuestro hombre moderno, que va a toda prisa de sus negocios a casa y de casa al club en un coche cómodo, no lo necesita para nada y, digámoslo con todas las letras, tampoco lo desea. Podemos excusar que los alumnos de Macaulay, jóvenes modelos de erudición, no sepan distinguir la caña del ébano, el entrañable endrino del conocido fresno. Es indiscutible que el bastón se ha ido —*hinc illae lacrimae*— a donde trepa la madreseiva.